

Ciudad de Caballeros, siembra hondo,
un continente entero por besana,
con la divina cruz sobre la frente
y el surco abierto a golpes de la espada.

La hora de la Historia había sonado,
tronó recio en los ámbitos de España,
ahora en trance de Imperio, y, al costado,
justo en el corazón de tierra y raza,
está la Extremadura, palpitante,
señora y singular la noble casta,
donde un pastor cualquiera nunca es gente
y sólo sí persona y, tan bizarra,
que igual encarna un Pedro Garabito
que un Francisco Pizarro luego encarna.

No fue en vano el rebato de la hora,
no clamó en el desierto la palabra.

España estuvo a punto y en su puesto,
embrazado el escudo, alta la lanza
y el ánimo dispuesto a toda empresa
digna de su destino y de su fama.

En el costado de sus tierras, Cáceres
fue el corazón señero de la Patria.

Ideario
Extremeño

Aquí para vivir en santa calma,
o sobra la materia o sobra el alma.

JOSÉ DE ESPRONCEDA

HOMENAJE

a la Reina de la "Fiesta del Romance"
y a su Corte de Amor

Por JOSE CANAL

Mi Señora, la Reina de estas Justas Hispanas:
¡Dios guarde a Tu Belleza! Mis Señoras las Damas
que adornáis los estrados de esta Corte de Honor
con las cándidas galas de vuestra lozanía:
Con mis humildes armas os rindo pleitesía.

A vuestros pies, Señoras, mis versos y una flor.

El Cáceres, Alteza, que, pasada su hora,
enrolló el gallardete de la conquistadora,
increíble arrogancia, en el hidalgo armero,
calló por muchos años, el noble continente
fiel al rico linaje de la extremeña gente
y agotadas las gestas del viejo romancero.

Y, de pronto, ya véis: despierta de su sueño,
vuelve a encontrar el mundo demasiado pequeño
y en la frente del alba clava una nueva meta.

Cual caballero andante, os elige por Dama,
tan gentil, tan hermosa como cumple a su fama
y, a cantar vuestras gracias, convoca a este poeta,

¿Qué difícil intento? ¿Qué feliz aventura
digna de vuestro nombre y airosa donosura
le mueve a nuevo impulso la añeja bizarría?

¿Qué ignorados imperios? ¿Qué encantada doncella?
¿Qué blasón imposible colgado de una estrella
ha de lograr ahora su indómita osadía?

Vos lo trováis, Señora. Vivo, resplandeciente
vos tenéis el enigma desvelado en la frente
amasada de nardos y de canela en flor;
vos, que cruzáis la sangre de nobles ascendencias
y signáis dos estirpes en las mismas creencias
con la sal, con el agua, con el nombre de Amor.

Esta es la bella empresa que nos mueve, Señora.
Paladines del mundo, en la difícil hora
en que el odio desata la ira y la ambición,
salimos al torneo sin acero en la lanza,
descalzada la espuela y, abierto a la esperanza,
para el amor tendido el limpio corazón.

No queremos ir solos a esta noble campaña.
Queremos la valiosa y entrañable compañía
de los que con nosotros enrazan hermandad.

Y, para que gobiernes estos bellos destinos
y para que señales y enciendas sus caminos
te coronamos Reina de la Ancha Hispanidad.

Mi Señora, la Reina de estas Fiestas Hispanas:
¡Dios guarde tu reinado! Mis Señoras las Damas,
que adornáis los estrados de esta Corte de Amor
con las cándidas gracias de vuestra lozanía:
Con mis humildes armas os rindo pleitesía.
A vuestros pies, Señoras, mis versos y una flor.



RECUERDOS

Campo y Extremadura

Por MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO
Conde de Canilleros

EN 1920 se publicó la novela *La sangre de la raza*, que fue para la crítica y el público la revelación del talento literario de su autor, don Antonio Reyes Huertas. Este nombre, que desde unos años antes venía sonando en el campo de las actividades literarias, tuvo desde entonces un puesto de destaque en el ámbito nacional, y el primer puesto como novelista dentro de Extremadura.

La sangre de la raza es una hermosísima novela extremeña, escrita por un extremeño enamorado de su tierra natal. En la lectura de sus bellas páginas, nació mi admiración por Reyes Huertas.

Conocí al novelista más tarde, en 1928, cuando vino a residir en Cáceres, para hacerse cargo de la dirección del diario *Extremadura*.

Era un hombre sencillo y bueno; indolente en apariencia y apasionado en el fondo, como auténtico extremeño. Fuimos amigos, ya para toda la vida, y convivimos durante los varios años de su permanencia en dicha ciudad.

En mi afán de recoger datos que puedan tener algún interés histórico, un día, estando solos los dos en la redacción de *Extremadura*, le dije:

—Quiero que me dé usted, don Antonio, una nota biográfica suya. Escribámela en un rato perdido.

—Mi persona no tiene interés —replicó—; pero si quiere saber algo de ella, se lo digo de palabra y usted lo apunta. Ya me conoce: si espera a que se lo dé por escrito, no lo tendrá nunca.

—Pues ahora hay ocasión —dije, convencido de que, con su característica pereza, era inútil esperar a que él lo escribiese—. Cuénteme algo y tomaré nota.

Cogí papel y lápiz. Don Antonio dijo:

—Poco voy a contarle. Nací el 7 de Noviembre de 1887, en Extremadura, en Campanario, que es uno de los más representativos rin-